



EL AMAUTA 7

ENERO 2010

Sobre lo latente, la conciencia cotidiana y la atención; dones ante *el olvido fundamental y fundador*.

**Sandra Barreras
Departamento de Humanidades
Universidad de Puerto Rico en Arecibo**

*Sometido: 26 de enero de 2010
Aprobado: 29 de enero de 2010*

Abro con una frase de Milan Kundera en la última sección del libro **El telón; ensayo en siete partes, ... *el olvido fundamental y fundador*** . Él la incluye en una narración de su visita a Martinica, la isla de Aimé Césaire. Encontró similitudes entre Europa Central y el Caribe. Habla de los poetas, escritores que fundan una cultura, una nación; como Césaire, como varios centroeuropeos. No obstante, la pequeña sección trabaja el olvido y la memoria de lo que somos. Yo quiero entender y explicar lo que le pasa a mi mente y mis afectos ahora. No quiero prestar atención al problema de la identidad personal o colectiva; si es que la identidad existe a niveles comunitarios, si es que la identidad existe a niveles personales. . No obstante donde encuentro eco para mi situación y proceso actual es en esas palabras de Kundera sobre el olvido que los africanos sufrieron en su pasaje por el infierno de los barcos que los transportaron de África a América. Según Kundera, se olvidó el pasado africano y la transformación – la de africanos olvidadizos a isleños caribeños- le permitió a Martinica fundarse en un teatro



de ensueños y una poética moderna. Lo de la poética moderna, porque Césaire era “...un poeta moderno heredero de Rimbaud, amigo de los surrealistas.”¹

Es en este marco que encuentro el pasaje que me apasionó porque evoca el dilema que me consume en estos momentos.

El pasado cayó en el olvido. Fue guillotinado. Guillotinado por un largo viaje en las sentinas de los barcos, entre cadáveres, gritos, llantos, sangre, suicidios, asesinatos; nada quedó tras ese paso por el infierno; nada sino el olvido: *el olvido fundamental y fundador.*²

Es cierto que me llama la atención un texto que no describe mi situación actual y que, al usarlo, la agiganta y teatraliza. Creo entender un poco más de la situación que habla Kundera por nuestra experiencia histórica con el flujo de africanos esclavizados en la isla de Puerto Rico; mientras que no entiendo tanto porque no conozco a la Martinica y su poeta político Césaire. El flujo continuo de esclavos aseguró que siempre estuviera presente el fatídico pasaje y que se colaran nuevas experiencias africanas en el contexto de las islas. No es posible el olvido total y fundamental que teoriza Kundera, cuando no queda nada, sólo el olvido. Me convoca la imagen de guillotinar el pasado porque pienso que el mío fue guillotinado.

Las situaciones límites producen un gran desconcierto. Se siente la necesidad de sedimentar nuevas experiencias y, si es posible, recuperar algunas antiguas para asentar una nueva manera de participar de la vida, del mundo. Ante situaciones críticas, la memoria adquiere una dimensión futura; es algo que tenemos que descubrir, no se nos

¹ Kundera, Milan. **El telón; ensayo en siete partes.** Barcelona: Tusquets Editores, S.A, 2005, pág. 190.

² Ibid.



presenta como un recuerdo pasado, siempre está en proceso de constituirse. Y, dada la intensidad de lo experimentado, sentimos que hay un trabajo fundador, creador necesario e indispensable.

Me atañe explorar el olvido después de una situación que experimenté como catastrófica y terminante; pero que, no obstante, he sobrevivido. Regreso a escribir tras meses de intenso miedo existencial ante cambios radicales en mi vida. No podía escribir porque no podía pensar. Quisiera nombrar exactamente las circunstancias que cristalizaron este miedo, pero afectan a otras personas y coqueteo con publicar este escrito. Tal vez, comentar que incluyeron el abandono del espacio que habitaba y de mis libros, de mi entorno familiar, de la continua presencia de mi hija y mi hijo, de mis dos perros. Perdí la memoria de sucesos, de decisiones y de manías. No fue un pasaje consciente, voluntariamente aceptado. Fue algo que padecí y sigo padeciendo; la huida ante una situación intolerable y la destrucción del hogar donde ya no podía habitar. Primos que ayudaron a radicarme donde vivo ahora, me dijeron que se sentían apoyando la libertad de Sandra. Mientras yo recordaba las palabras de aquella canción de Kris Kristofferson que cantaba Janis Joplin: “...*freedom's just another word for nothing left to loose.*” Así me sentí y así, a veces, todavía me siento. Es más, me parece haber usado las palabras de *Me and Bobby Mcgee* en otro ensayo que no recuerdo, que está perdido en ese pasado que ya no me pertenece, que no puedo recuperar.

Ante esta situación, tomé unas decisiones claves que a veces me pesan y a veces me dan esperanza. Son decisiones fundantes, quizás como las que confrontaron los africanos



EL AMAUTA 7

ENERO 2010

esclavizados tras su pasaje a América. En mi caso, decidí entender a la Sandra que evoluciona en la nueva situación, tolerar el miedo, la angustia existencial, serenar mis afectos y mente, concentrar en el trabajo y mi capacidad para realizarlo y, no menos radical en mis procesos, decidí leer de nuevo filosofía. En resumen: decidí tratar de retomar mi vida estructurándola, etapa que a veces se me presenta como un re-estructurar.

Ha sido un periodo intenso y de ayuda a granel de mis amistades y familia que han tenido la paciencia de oír mis miedos obsesionantes, que me han brindado afecto, que proveyeron mis necesidades materiales y existenciales. Hasta me devolvieron jirones de recuerdos de aquella que fui. Me ayudaron y me ayudan a aceptar la que soy, la que evoluciona ahora. Esta cercanía a familiares y amigos presenta una diferencia radical con la de los africanos esclavizados que a su vez, sufrieron la des-ubicación producida por el intento esclavista de separarlos de sus familias, de sus grupos étnicos, de sus lenguas. Mi pasaje por el infierno no fue tan abismático.

La memoria, al igual que el pensamiento, es porosa. También deja en el olvido detalles y situaciones cuando intenta capturar la importancia de retomar mis estudios filosóficos en esta etapa de mi vida. Recuerdo años en mi pasado cuando suspendí la lectura de filosofía. Coincidió con el intento de sólo leer mujeres. Estuve años leyendo a Barbara Pym, Jane Austen y novelas de detectives escritas por mujeres: Elizabeth George, Patricia Cromwell, Carol O'Connell, Ruth Rendell, Sara Paretsky, Janet Evanovitch y tantas otras. Leía y releía los libros. Creo que lo que me atraía era estar



inmersa en un pensamiento imaginativo donde se prestaba atención a lo concreto, donde se les daba importancia a las personas, a los lugares. Poco antes de la gran debacle, escondí o boté muchas de esas novelas y me dije que quería retomar la lectura de pensadores. Me parece que esta nueva etapa de Sandra reúne ambas pulsiones: la necesidad de pensar y la necesidad de concretizar mis pensamientos. Así es que algunos de los cambios que ahora vivo, se perfilaban con anterioridad como preferencias de lecturas filosóficas o lecturas de novelas de detectives escritas por mujeres.

La Sandra que se desarrolla en este nuevo espacio, coincide con la anterior en ciertos deseos, en ciertas manías. Pero también intenta cambiar algunas costumbres. Para sedimentar memorias ante esta nueva experiencia, decide estudiar pensadores. No se conforma con leerlos sino que intentar fijar en la memoria lo leído. Siempre supe que necesitaba afianzar en mi pensamiento lo que me llamaba la atención. Pero entendía que tendría tiempo para hacerlo y tomaba las lecturas como otras de las experiencias aceptadas con cierta ingenuidad, permitiendo a mis experiencias y lecturas formar parte de mi saber sin preocuparme por atribuirles o datarlas o sin entenderlas a cabalidad. Ya no puedo seguir haciéndolo porque ya no confío que, en el momento oportuno, sacaré de lo latente a mi consciencia presente y despierta, mis experiencias vitales y el recuerdo de mis conocimientos sedimentados ingenuamente. Le llamo a esas experiencias del pensamiento vividas y no tematizadas, lo latente del pensamiento. Desconfío de la capacidad para atraer de lo latente rastros de experiencias, huellas de emociones o pensamientos porque hoy temo haberlos perdido o que los perderé. No como se pierde



un dato no fijado entre otros tantos, el olvido afecta ahora el conjunto total, la disponibilidad de lo aprehendido.

Vivo mi entrada en los sesenta años, ya en cuestión de siete meses, y reconozco que no puedo permitirme dejar nada para después... Llegó el momento del después. Tengo que traer a la consciencia y concentrar en muchas actividades que antes permitía se deslizaran a lo latente sin preocupación. Así que se añade a mi situación límite, afectiva y existencial, el que mi memoria no funciona tan bien como antes. Y a veces no sé si el olvido se debe a la situación límite, al desgaste de la edad o a ambos. Todo se añade a ponerme en jaque.

El tiempo vivencial se acorta, mientras los procesos de entender algo se tornan más lentos. Y si bien el paso del tiempo me afecta y quisiera explorarlo, no deja de ser menos cierto que mis problemas y temas de preocupación son espaciales. Trato de acoplarme a un nuevo espacio habitable y busco nuevas formas de serenidad que le permitan a mi mente superar el miedo, la ansiedad. Este pequeño ensayo es un lugar donde recupero mi pensamiento y le permito a situaciones y pensamientos dejar de estar latentes y ayudarme a esclarecer mi situación. Considerar que necesito serenidad para cimentar el pensamiento, me lleva a considerar los pasos que doy para mantenerla.

A ese intento en serenarme le debo mi diario rezar, a mi manera, para estabilizar la mente, los afectos. Tenía una libreta que se quedó en la casa que perdí donde me proponía escribir poemas que fueran rezos de una mujer como yo, no creyente en que algún ser supremo los escuche, los palpe y me ayude. En la libreta aún no había escrito



EL AMAUTA 7

ENERO 2010

poemas, sólo justificaciones a modo de diario, de mi necesidad de plegarias. Ya no tengo la libreta; pero repito diariamente - no siempre enfocada- una mezcla de rezos budistas y peticiones a mis antepasados, tratando de seguir sugerencias de los pueblos nativo-americanos. En mi vida actual, recojo rezos ya establecidos y los mezclo a mi manera. Ya no hay el intento de escribir poemas-plegarias para un ser no creyente en dioses externos. Iba a no cualificar y decir simplemente *no creyente*. Pero creo y necesito creer. Gran parte de la incertidumbre después de mi pasaje por el infierno la propagó mi imposibilidad de creer en mi sistema mental-afectivo y en su polo mágico-en el mundo, mi incapacidad para creer que puede haber una vida, un mundo mejor. La magia, esa capacidad para afectar positivamente nuestro entorno, parece ayudarnos cuando decidimos actuar.

La necesidad de plegarias se la debo a mami. Ella me enseñó a rezar para superar tragos amargos. Todavía me llegan sus recuerdos, al menos, algunos. Por estos rastros es que entiendo que no hay pérdida de memoria total. Tal vez, el retorno de mi capacidad para creer es lo que me permite rescatar de lo latente esos residuos que llegan a mi estado consciente.

Lo de latente me lo sugirió la lectura de **Esferas III** de Peter Sloterdijk. No acepto para mi ensayo su interpretación del término. Pero aquí está, en mi nueva etapa de estudios filosóficos, este autor tan extraño, tan de ahora. Tan concentrado en el espacio y su arquitectura que lo lleva a entender desde otra perspectiva, lo que hay que entender. Su concepto de la latencia es múltiple. A veces nombra latencia la era anterior a la



explicación tecnológica/científica que caracteriza la tardía Edad Moderna (siglo XX). Implica un mantenerse ingenuo ante problemas que se han tematizado en ese intento de explicar, manifestar situaciones o cosas que estaban ocultas. Dice que la fenomenología es el nombre para este proceso de la era moderna de explicitar lo implícito.³ La latencia, que a veces explica como un permanecer en perspectivas ingenuas que no aceptan las explicaciones que han devenido de nuestro uso de prótesis (aparatos tecnológicos) para llegar a descubrir, construir nuestro entorno vivencial. Latencia, en este caso, es una actitud ingenua de mantenerse en una imagen, concepción del mundo pasada que nos tranquiliza. Es, más bien, una era ya superada por algunos y vivida incongruentemente por otros. Pero cada vez más, el intentar permanecer en esa etapa, habitar en ese espacio, está plagado de intranquilidad⁴. En este pasaje Sloterdijk manipula la metáfora del durmiente. Y, por contraste con ella, los que se percatan y diseñan sus entornos de una manera actual, como los que han despertado del dormir en la latencia. Latencia en este contexto, es un espacio que nos conforta de lo que se descubre o establece con las prótesis, los instrumentos tecnológicos que nos ayudan a entender y diseñar nuevos espacios insulados, climatizados que habitar. La latencia es el espacio donde nos podemos hacer de la vista larga ante los cambios radicales de la actualidad.

Como entiendo *lo latente* difiere; no le llamo latencia porque es sustantivar demasiado lo que, en todo caso, entiendo como una frontera de lo consciente. Son los sedimentos de experiencias, sensaciones, emociones que permanecen con nosotros, pero que no siempre

³Peter Sloterdijk. **Esferas III (Espumas)**. Madrid: Ediciones Siruela, S.A., 2da edición, 2009, pág.67.

⁴ Op.cit. pág. 123



tematizamos. Es una actividad del pensamiento que queda oculta y reaparece cuando tratamos de explicitar alguno de sus contenidos al pensar, o concentramos sobre algo en nuestra mente. Lo que me preocupa ante una situación crítica que me lanza al olvido, es esa incapacidad de que lo latente se sugiera a mi tematización del momento. Es como si el temor o el desconcierto que nos paraliza en nuestras actividades, también paralizara el ritmo, el baile entre lo consciente y lo latente. En esos momentos quedo tartamuda en mi hablar y en mi pensamiento. La serenidad ayuda a retomar el baile, pero no es suficiente. Me he puesto a estudiar, tomando notas, resumiendo, tratando de establecer nuevos recuerdos, nuevas memorias; en otras palabras, sedimentar algo en lo latente. Pretendo fijar aspectos de experiencias y pensamientos para explorarlos mejor y cambiarlos; también para que se acomoden con los aspectos anteriores que se encuentran allí.

Ese baile entre consciente y latente es lo que he perdido y trato de restablecer creando, construyendo y descubriendo antiguos recuerdos fijados en la memoria. Quiero especificar, dotar de mayores aspectos en el recuerdo y con nuevas experiencias los rastros fijos en mi memoria, los que rescato del olvido tentativamente.

No siempre el olvido, que recordando a Kundera llamo fundamental y fundador, tiene que ver con memorias pasadas que se me han extraviado y ya no puedo llamar al consciente; cuando sospecho que ya no existen en lo latente. De vez en cuando surge un desconcierto ante nuevos gestos, emociones o actividades. Parecería que no entiendo los movimientos corporales-emocionales-mentales que hago; cuando me parece que falta algo por aprehender. Ante el desconcierto repetido, me percató que lo que me deja



balbuciente, está marcado por el recuerdo en el cuerpo-emociones-mente⁵ de un comportamiento anterior a la debacle. Lo que el cuerpo-emociones-mente esperaba porque en otros momentos, enfocó o hizo de otra manera. Un ejemplo es el momento en que agarro una perilla para abrir la puerta del nuevo lugar habitable y me percató que la mano esperaba otro tipo de actividad. Toma tiempo percatarme que extraño la perilla para abrir la vieja casa. Entro en razón, en otras palabras, doy el paso que me permite recuperar el ritmo del baile entre consciente cotidiano y lo latente.

En el caso del recuerdo latente que permanece y las nuevas situaciones que nos causan extrañeza, es alentador darse cuenta de lo que está en juego. Es el comienzo de aceptar una nueva situación, aunque no me guste. Aceptar, en mi caso, es sinónimo de comenzar a fundar una nueva relación entre consciente cotidiano y lo latente. Es modificar la extrañeza manifestada por la crisis y comenzar una nueva tranquilidad. Es adquirir serenidad en una situación que nos ha enseñado a dudar de la continuidad de lo vivido, que nos ha puesto cara a cara con la fragilidad del existir. Esa es la serenidad que busco en mis rezos; serenidad para balancear el miedo.

Por largo tiempo en mi periodo de cambio después de la crisis, vivía para dormir; no quería despertar por las mañanas si no iba a trabajar: horas de trabajo y horas de sueño. Depresión, decían mi hermana y el psiquiatra. Y sí, en parte; pero también dormir le permitía al sueño reparar mi herida psique. Intuyo que le permitía a mi imaginación bailar entre lo consciente y lo latente. Estimo que hay un aspecto de los sueños que prepara

⁵ Me gustaría tener una palabra que cubriera todos los aspectos en lenguaje cotidiano, pero no la encuentro.



aspectos de lo latente para acercarse a la consciencia. Porque parte de lo latente coincide con lo que llamamos inconsciente. Me pregunto cuanto de mi capacidad actual para escribir y la pérdida gradual del temor que me paralizaba, se lo debo al sueño reparador.

En **Libreta de sueños**, mi amiga Myrna Nieves Román se pregunta, en su ensayo que antecede a las narraciones, de qué sustancia están hechos los sueños.

A veces me pongo a pensar de qué sustancia están hechos mis sueños, tan persistentes en mi vida. Quizás estén hechos de los deseos diarios no realizados, de los pensamientos huidizos en las tardes emblanquecidas por el sol, de una mezcla de pasados y futuros posibles.⁶

Termina el ensayo sugiriendo que son el otro lado del corazón. El corazón, al igual que la luna, posee un lado oculto que se sugiere en los sueños.

... dejar que se depositen de nuevo, suavemente, como una paloma que se acuesta en el pecho, calladamente, pues son la otra cara de mi corazón.⁷

El trabajo de Myrna, como narradora es ir encarnando esas sugerencias con lo que el sueño mismo ofrece, sus colores, sus olores, sus estados de ánimo. Incluye en las narraciones una parte que incorpora reflexiones, lecturas hechas con anterioridad, sentimientos y experiencias vividas. Las escribe separadas del sueño mismo. Son el juego entre el trabajo para encarnar la memoria del sueño, el sueño mismo ya encarnado y las notas explicatorias los que integran aspectos latentes con los conscientes en el pensamiento. Por lo tanto, no es meramente el sueño encarnado lo que es una narración. La narración incluye todos estos aspectos. El lector, privilegiado, participa de una

⁶ Myrna Nieves. **Libreta de sueños; narraciones**. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1997. pág.1

⁷ Op.cit. pág.4



explicitación del pensamiento. Es afortunado también que el lenguaje que Myrna arranca a las imágenes de los sueños sea tan sensual. Nos recuerda que sensualidad y pensamiento no tienen por qué estar reñidos; más bien, se complementan. El pensamiento adquiere dimensiones especiales si se ofrece cercano a los testimonios de los sentidos. Son esos sentidos los que establecen contacto con el mundo en el que estamos inmersos. Es un proceso de análisis lo que nos lleva a preguntarnos por la prioridad de un aspecto o del otro. Podríamos decir que es la inmersión en el mundo lo que estimula y hasta constituye los sentidos. Lo cierto es que sentidos, mundo, habitat o entorno se sumergen unos en los otros. Creo que Myrna añadiría que los sueños y el pensamiento de los sueños también.

En esta etapa de mi vida no recuerdo muchos sueños. Tal vez por eso no puedo decir mucho cómo los sueños ayudan a restablecer el baile entre consciencia cotidiana y lo latente. Se cruza por mi mente uno que tuve hace unos días que me hizo reír al percatarme que unía personas que conocí en mi adolescencia con compañeros de trabajo actuales. Supe diferenciar entre ambas etapas y me pregunté por el significado de juntar esas dos personas de diferentes etapas. Confieso que mi entendimiento de los sueños no es extensivo; tiendo a interpretaciones que se basan en el sentido común. Lo que me sorprendió en este caso particular fue que me pareciera normal la capacidad de soñar y su estilo de narrar. No extrañé memorias, ni sentí temor. Me pregunto si mi deseo por dormir y no mantenerme despierta a raíz de mi des-ubicación al mudarme, tenía que ver con esa serenidad que no tenía despierta. Los sueños durante el dormir tal vez me



permitían tener experiencias comunes, sin el miedo existencial que me atolondraba. Sé que las pesadillas dejan un sobresalto intenso cuando las experimentamos. ¿Cabe la posibilidad que en momentos cuando las vivencias despiertas cobran matices de pesadilla, los sueños ayuden a restablecer la creencia, la confianza? Curiosamente, no tenía recuerdos de los sueños en la peor etapa de mi desconcierto. Es ahora, cuando ya acepto tentativamente mi nuevo entorno, cuando comienzo a recordarlos.

La aceptación de lo que nos toca experimentar no es un comportamiento, es más bien, un posicionarse agradecido ante lo dado, o tal vez, una preparación personal para actuar. Aceptar no es, pues, una invitación a dejarlo todo quieto. Es un momento de recogimiento que nos permite creer de nuevo. Dos sucesos me vienen a la mente. En primer lugar, recuerdo que en *Willing*, el segundo tomo de *The Life of the Mind*, Hannah Arendt, cuando discute a Agustín, obispo de Hipona, explica la importancia que tuvo el que Dios mirara su creación y dijera que era buena.⁸ La figura divina, se toma un momento para ver, mirar lo creado y señalarse a sí mismo el gusto que le da. Es un momento reflexivo que presenta una solidaridad con lo que hay y con el esfuerzo realizado. No añade nada a lo creado. ¿A quién le dirige Dios esas palabras? En el complejo mundo de una no creyente, que sin embargo, desea aplicar intuiciones, pensamientos de personas creyentes, la respuesta a esa pregunta no es simple. Si para los hebreos y los hebreos-cristianos la narración del Génesis se entendía como revelación, yo me pregunto por los seres humanos que narraron y luego escribieron la narración. ¿Qué

⁸ Hannah Arendt. *The Life of the Mind. Willing*. Nueva York y Londres:Harcourt Brace Jovanovich, Inc. 1978, pág.92.



significado le dieron? ¿Por qué era importante que el mismo Dios se regocijara con su creación? Tal vez porque era un gesto que se daba en ellos y porque cuando se daba, lo reconocían como divino. Iluminador; tal vez porque añade un goce a la serenidad. Ese goce casi inexistente en mi vida desde que intento aceptar mi nueva situación, plagada de temores. No parece que el dios-creador juzgó tema; sabemos que es iracundo y vengativo. Y, su contemplación de lo creado, lo muestra con capacidad para el gozo sereno. Otros tipos de goce no se sugieren; al menos, no aquí.

El segundo suceso forma parte de mis rezos diarios, esos que incorporé en mi pasaje por el infierno y en mi des-ubicación posterior. No tengo una cita escrita para el rezo-ejercicio. Llegó a mí por tradición oral; regalo de mi amigo puertorriqueño, budista tibetano, Jochi Feliciano, también conocido como Octavio Ciano. Jochi participó de varios seminarios de Thich Nhat Hanh, vietnamita budista zen y poeta. El ejercicio consta de dos respiraciones meditadas.

Al inspirar, relajo mi cuerpo,
al expirar, sonrío.
Al inspirar, estoy en el aquí y en el ahora
al expirar, es donde mejor puedo estar.

Consta de dos momentos en cada respiración. El primero enfoca en el relajamiento corporal, que yo extiendo a mente y emociones. Un todo que después de Descartes, separamos en dos. El aquí y el ahora refiere a esa situación en que nos encontramos en el espacio y tiempo inmediato. Como lo entiendo ahora, no son aspectos diferentes, solo el reconocimiento que a los seres humanos se nos hace difícil entender una totalidad simultánea sin antes prestar cierta atención analítica. Atención que dura una respiración.



Mi intención es siempre prolongar esas respiraciones, fumo y mi capacidad pulmonar no es la mejor; no puedo prolongar el inhalar y exhalar. Durante el ejercicio, trato de mantenerme concentrada en la respiración, en el relajamiento y en el aquí y ahora. Lo importante en el contexto de la narración del Génesis y el ejercicio de Thich Naht Hahn es que dos tradiciones religiosas tan diferentes, recalcan ese segundo momento del pensar, del hacer, del crear que recoge un momento de reflexión agradecida o aceptante. No me es fácil; mi mente divaga constantemente y mi cuerpo está, por lo general, tenso. Cuando pasaba por los momentos de gran angustia existencial, me era más fácil concentrar porque intentaba deshacerme del miedo y sus razones inmediatas; olvidar, aunque fuera por un momento. Actualmente, mientras me voy serenando, menos concentración tengo; más me distraigo al meditar. Mantengo el intento de continuar concentrada, aceptando las distracciones como parte de la meditación y, con delicadeza, dejando a un lado lo que me distrae e integrarme de nuevo a la oración. Estoy convencida que los rezos desarrollan mi serenidad y mi capacidad para pensar.

En la tradición filosófica fue Heidegger quién unió el agradecer al pensar. Recuerdo que mis profesores, Ludwig Schajowicz y Hannah Arendt, recalcan la observación de Heidegger que *denken* y *danken* (pensar y agradecer) tenían las mismas raíces en el idioma alemán. Esos segundos momentos, del mirar la creación y gustarse en ella y de sonreír y decir que el aquí y ahora es el mejor lugar donde se puede estar, abren un lugar de serenidad donde se puede pensar. Además de liberar el cuerpo-emociones-mente para



recoger, acercarse sin ataduras a lo que queremos entender, libera también el baile entre lo latente y el consciente cotidiano.

Quizás en mi ensayo sobre el olvido lo que me atañe es articular la importancia que le doy a la relación entre la atención, la consciencia cotidiana y lo latente.

En un corto y significativo ensayo incluido en la colección **Waiting for God**,⁹ Simone Weil explica que los estudios son importantes porque desarrollan la atención. Dice que ayudan a los rezos, que también la desarrollan porque es precisamente la atención lo que permite el crecimiento espiritual. Explica la atención como un concentrar en un objeto permitiéndole manifestarse en nuestro pensamiento tal y cual es. No trabajamos en construir conscientemente soluciones a los problemas. Vemos, esperamos que el objeto de estudio tome la palabra.

Attention consists of suspending our thought, leaving it detached, empty, and ready to be penetrated by the object; it means holding in our minds, within reach of this thought, but on a lower level and not in contact with it, the diverse knowledge we have acquired which we are forced to make use of. Our thought should be in relation to all particular and already formulated thoughts, as a man on a mountain who, as he looks forward, sees also below him, without actually looking at them, a great many forests and plains. Above all our thought should be empty, waiting, not seeking anything, but ready to receive in its naked truth the object that is to penetrate it. (111-112)

¿Y si la capacidad para prestar atención, para concentrar en algo específico surge de la activación de esa frontera entre atención y lo latente? No es sólo del objeto de donde

⁹ Simone Weil. **Waiting for God**. Nueva York, Hagerstown, San Francisco, Londres: Harper Colophon Books, Harper and Row, Publishers !973 (1950), págs. 105-116.



llegan, también llegan de lo latente, los aspectos significativos de lo que está bajo escrutinio. Sabemos que de esa frontera de lo latente, por un lado con el estado consciente cotidiano y, por el otro con la atención, llegan prejuicios que requieren una reflexión posterior para aclararlos. La atención, en estos casos, revierte a fijar sus miradas en lo latente mismo. Estos casos no anulan la importancia de confiar, creer en lo que nos llega de lo latente. Pensamos en específico en los movimientos de un bailarín que se prepara para una función practicando movimientos hasta que queden fijos en lo latente. Su creencia es que los movimientos estarán disponibles cuando los necesite. Lo mismo sucede con el pensamiento.

Estas consideraciones me devuelven a mi estado de olvido después de una crisis contundente con mayor complejidad y, espero, con mayor lucidez. Tal vez reconociendo que lo latente, la atención y la consciencia cotidiana, fronterizas, presentan aspectos que no podemos deslindar por completo porque se afectan mutuamente desde los colindantes lados de sus fronteras. El olvido fundamental y fundante que postulaba Kundera no deja la nada, es meramente un cierre de las fronteras que no permite el acceso a lo latente o a su entendimiento.

Escribo este ensayo en un momento de mayor lucidez, de creencia. Aún conservo parte del miedo, pero ya le doy un nombre más acorde a mi tradición filosófica: está siempre conmigo una angustia existencial a la muerte, al futuro incierto de la vejez. Pero escribir es aceptar que tengo la serenidad suficiente y momentos de lucidez para entender. Espero con alegría el momento diario cuando concentro en escribir mi testimonio.



EL AMAUTA 7

ENERO 2010

Aprecio el espacio y el tiempo que provee mi nuevo lugar de habitar. Continúo con las plegarias que tranquilizan y proveen serenidad. Estudio y leo, también, inocentemente. Al escribir, ensayo nuevos intentos de articular mis ideas y me pregunto si volveré a darle vuelos a mi imaginación escrita. Sé, entiendo, que gran parte de confiar en mi lenguaje escrito se logra en el ejercicio mismo de escribir. Así que escribo no sólo para testimoniar sino como un batir las alas preparándome a volar. O, mejor aún, no ensayo nada; vuelo.